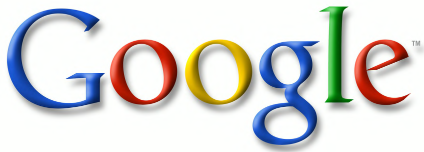



SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS



ITURBIDE EN PADILLA.

ENSAYO DRAMATICO.

POR

F. GRANADOS MALDONADO.

Edicion de la CIVILIZACION.

MEXICO.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,
Calle de Chiquis núm. 6.

1850.

ITURBIDE EN PADILLA.



ENSAYO DRAMATICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

M. Granados Maldonado,

quien lo dedica á su amigo

CARLOS ECHENIQUE.



MEXICO.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,
Calle de Chiquis núm. 6.

1850.

ITURBIDE EN PADILLA.

ENSAYO DRAMATICO.

POR

F. GRANADOS MALDONADO.

Edicion de la CIVILIZACION.

MEXICO.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,
Calle de Chiquis núm. 6.

1850.

Si mi señora viviera
mis cuidados fueran otros;
cuando ella lanzaba un grito
ni quien moviera los ojos.
¡Pcro todo acaba! . . . ¡Cuándo,
cuándo el Señor Don Gerónimo
habia de tardar mas
de lo acostumbrado! Todo,
todo estaba en órden;
mas hoy, aunque me haga ocho. . . .
¡Qué malo es tener á cargo
de una casa, los cerrojos!
¿Se le ofrece algo á la niña?
con la ama de llaves; otro
quiere algo con el señor. . .
Á Doña Gervasia Pozo
la buscan en la escalera:
¿y quién? el maestro Antonio,
el cartero, que le trae
á mi Señor Don Gerónimo
ciento cincuenta y dos libras
de papel, un envoltorio
de periódicos, el diario
del Sol, y del Noticioso,
y el Archivista, y. . . . ¡demonio!
pobre de Doña Gervasia,
que es quien se entiende con todos.
Yo no puedo ir ni á misa
todos los dias; ya el mozo
me espera para ir al tianguiz,
al mercado, y ya Ambrosio
que está esperando el almuerzo
para German; ese es otro
que si al punto que lo dice
no se le sirve, tan pronto
ya tira el sombrero, un vaso,

un florero. . . . y en su enojo
ha llegado hasta romper
el nicho de San Antonio. . . .
¡Qué casa, Jesus, qué casa,
peor que una de locos!
¡Jesus me ayude! Las tres. . . .
(*Viendo al relox de la sala.*)
de la tarde. . . . y Don Gerónimo
ya no tardará en venir.
¡Válgame Dios, y mi loro
no ha tomado chocolate!
Nicolasa, pronto, pronto,
hazle su chocolatito
á mi pobrecito loro. (*Yéndose.*)

ESCENA II.

MARÍA Y DAMIANA.

AR. Damiana, tú lloras triste:
¿por qué tu megilla hermosa
en pálida se ha tornado?
¿por qué enmudece tu boca?
¡Tú, que alegre en otros dias
con sonrisa bulliciosa,
mil amorosas canciones
cantabas á todas horas:
tú, que acompañada al piano
recordabas esas trobas
que en su entusiasmo Florencio
compusiera á tu memoria,
triste, agitada, suspiras
en todas partes, y lloras! . . .
AM. ¡Florencio, Florencio has dicho!
ese nombre me destroza:

Florencio, que fué mi amante
y lo es, porque me adora;
Florencio, á quien yo no olvido
ni un dia, ni una hora;
Florencio, que en este pecho
vive, y vive su memoria,
¡él no puede unir su mano
con mi mano temblorosa!
¡Y me ama y yo le amo;
le amo con el alma toda!
¿Y cómo, cómo decirle
esta angustia que me agobia?
¿cómo decirle: te amo;
tú eres mi única gloria;
sin tu amor vivir no puedo?
sin tí mi dicha se torna
en un manantial de penas
que el corazon acongojan;
y sin embargo, bien mio,
huye de mí. . . . debo sola
morir, sí, morir. . . . la suerte
tu amor por siempre me roba. . . .

MAR. No llores, hermana mia,
tu megilla enjuga, hermosa;
aparta el dolor horrible
de tu afligida memoria:
aparta del pensamiento
esas penas que te agobian.

DAM. ¿Acaso, tierna María,
mis aflicciones ignoras?

MAR. Me espantas, Damiana bella,
me espantas con tu zozobra:
dime, dime, ¿quién te impide
amar á Florencio, hermosa?
¿por qué esas tristes ideas
tu pensamiento acongojan?

AM. Oye, sabes que mi padre
al emperador adora;
es su amigo, y á él debe
el descanso de que goza.
A los que en contra lucharon
del imperio, hermana, ódia;
y Florencio, sí. . . . Florencio
luchó del imperio en contra.

AR. Es cierto; pero mi tio
le disculpará.

AM. Perdona:
tú pretendes consolarme,
pero mi padre aun ignora
nuestro amor. . . .

AR. Mayor consuelo
ten, porque el tiempo que corra
hará olvidar de tu amante
la ingratitud: su fogosa
juventud le hizo dejarte,
dejar tu familia toda.

AM. ¿Recuerdas que Florencio era
hijo de un capitan, que ahora
seis años hace muriera
de Iturbide al mando? sola
una persona tenia
que de su hijo, piadosa
se doliera; era mi padre:
desde aquella misma hora
vino Florencio á mi casa. . . .
hora de bien y de gloria;
pero tambien hora horrible
para mi alma. . . .

AR. No, hermosa:
hora en que supo tu pecho
ese bien que mi alma ignora;
en que gozaste la vida,

miéntras yo encerrada, sola,
en el convento lloraba,
léjos de tí, mi congoja.
Y nadie. . . .

DAM. Mas ¡cuánto, hermana,
es mejor estar tan sola
como tú estabas, si el pecho
el fuego de amor ignora!
María, desde el momento
en que llegó, una cosa. . . .
una cosa estraña, el pecho
llenó de angustia y congoja.
Nuestros ojos se miraron
y enmudeció nuestra boca.

MAR. Vivieron juntos, se amaron,
te ha sido fiel.

DAM. Ilusoria
fué mi dicha; oye: mi padre
supo que Florencio toca
el piano, y le hizo mi maestro;
pero. . . . la dicha me roba.

MAR. ¿Y lloras así, Damiana,
y lloras cuando esa gloria
disfrutaste? hermana, ¿lloras?

DAM. Falta, María: así, contentos
de amor, pasamos las horas
sin que mi padre supiese
que le amo y que me adora;
pero un suceso terrible
á la desgracia me arroja.
Cuando proclamó Santa-Anna
la república, de gloria
miró el venturoso instante
Florencio; y cuando era hora
de mi leccion, así me habla:
"Damiana, divina, hermosa,

sabes que Mèxico libre
á la república invoca;
sabes que mi alma ardiente
busca amor y busca gloria:
yo parto á la guerra, parto,
y es esta la última hora
en que contemplo tu frente,
en que oigo hablar á tu boca.'
En vano le ruego y lloro;
todo es inútil: se postra,
y arrodillado me dice
que me ama y que me adora;
pero que su amor le lleva
al campo de la victoria.
Que es jóven y que su pecho
quiere libertad y gloria:
que va á cortar un laurel
para hacer una corona,
y que vendrá á colocarla
á las plantas de su esposa. . . .

MAR. ¿Y así te quejas, Damiana,
de tu suerte, y así lloras,
y crees que no se unan
vuestras manos temblorosas?
¿Temes aún?

DAM. Sí, perdona:
llegó la marcha, mi padre
nada supo, hasta la hora
en que recibió una carta
que le dió Gervasia: en cólera
encendido le maldijo. . . .
¡por eso mis ojos lloran!
Figúrate que mi padre
vió que el imperio se torna
en república: oyó el grito
con que Santa-Anna la invoca,

y juró que nunca, nunca
Florencio, una sola hora
volveria á mi casa.

Mar. Un año
hace que pasó esto, hermosa:
no temas, que la tormenta
pasa, y ya la calma torna.

Dam. No creas, bella María;
nuestro amor no sabe. . . .

Mar. ¡Ignora. . . .
que te ama, que le amas,
que has jurado ser su esposa,
y que vendrá á reclamarte
tus promesas? . . .

Dam. Sí, lo ignora.
¡Por eso mi alma se aflige,
por eso mis ojos lloran!
por otra parte, María,
sé que en Puebla se halla ahora,
y en muy breves dias vuelve,
y vuelve á ver á su esposa,
que aunque le ama, no puede
su mano darle. . . . me agobia
esta pena horrible: mira
esta carta.

(*Sacando una carta que le da á María: ésta la toma, y al abrirla tocan una campanilla.*)

Mar. Mas tocan:
vamos, querida Damiana,
á tu cuarto, y allí solas. . . .
(*Don Gerónimo por dentro.*)
¡Anselmo, Anselmo! la mesa,
y llama á Diego. . . .

Mar. Preciosa,
vamos á tocar un rato
el piano.

Anda, posma. (*Por dentro.*)

(*Se van María y Damiana, y entran por el lado opuesto los que siguen.*)

ESCENA III.

DON BERNARDO Y DON GERÓNIMO, *despues* DIEGO.

GER. ¿Conque es cierto, Don Bernardo?
pase usted sin ceremonia;
vamos, que á usted se le olvida
la confianza; y á la historia.

(*Toma Don Gerónimo una silla para Don Bernardo y luego otra para si.*)

BERN. Sí señor: cartas de Lóndres
anuncian que viento en popa
ha salido el desterrado
y para México torna.
No hay duda, volverá: México entónces
volverá á la grandeza de otros dias,
y de Iturbide las grandiosas sienes
Ceñirán la diadema merecida.

GER. ¡Ah! si es cierto, si es cierto que Iturbide
vuelve á pisar las playas encendidas
de esta México ingrata, amigo mio,
creo que de contento doy la vida.
México soberana, independiente,
esta perla de América divina,
se elevará ante el mundo presentando
al gran monarca que le diera vida.
¿Quién entónces á México, atrevido
osará presentarse? y con envidia
el universo mirará esta tierra
como asilo de gloria y de delicia.

BERN. Sí volverá, mi amigo, y nuestra gloria
con Iturbide volverá.

GER. ¡Qué dicha!
yo volara gozoso, Don Bernardo,
y mi espada contento blandiria,
y correria á las ardientes playas
á abrazar de Iturbide las rodillas.
¿Pero es verdad, es cierto, Don Bernardo
que á México Iturbide se aproxima?

BERN. Muy pronto á vuestra vista, amigo mio,
le vereis entre aplausos y entre vivas:
muy pronto los traidores abatidos
la tierra besarán que el héroe pisa.

DIEG. ¿Qué manda su merced?

GER. Al punto
este papel al comandante, aprisa.
(*Se va Diego.*)

BERN. ¿Y qué piensa el gobierno de la vuelta
del grande héroe de Iguala? ¿la revista
está ahí? ¿qué dicen los caudillos
del partido contrario?

GER. Cunde impía
la voz de demagogia, y la república
ya no puede caer. . . .

BERN. La monarquía
no pierde aûn su influjo, Don Gerónimo:
¿qué pensará el gobierno todavía?

GER. Lo ignoro, amigo, todo: es un misterio
y mil ideas á mi mente agitan;
la Europa nos observa y no abandona
España sus ideas de conquista.
Aquí la Santa Alianza nos amaga,
por allá el gabinete de Castilla;
¿y quien librarnos puede de ese golpe
si nuestra bella libertad peligra?
Las facciones á México destrozan

¿Y qué, libres seremos solo un dia?
Solo el que romper pudo las cadenas
que los dos mundos con poder unian,
puede otra vez, restableciendo el trono,
á México volver á nueva vida.
Solo Iturbide, sí, solo Iturbide,
puede á su patria libertar.

GERV. (*Por dentro.*) María,
aquí está ya tu maestro.

GER. ¡Qué imprudente!
Ya está Gervasia con lo Pozo encima.

BERN. Es cierto, Don Gerónimo, ya es tarde,
(*Sacando su relox.*)
voy á ver qué nos dicen esas chicas:
bien; pero espero á usted, que ya no tarda,
para que leamos algo, la Revista.

(*Se saludan, y Don Bernardo se va por donde salieron María y Damiana: miéntras que pasa el diálogo siguiente, se oirá por intervalos tocar el piano.*)

ESCENA IV.

DON GERÓNIMO Y GERVASIA.

GERV. Buenas tardes, señor mio.

GER. Páselas usted muy bien.
(¿Qué querrá?)

GERV. En un sanctiamén
concluyo.

GER. (Yo desconfio.)

GERV. Voy á prevenir á usted,
y ya comienzo. . . .

GER. Señora,
¿por qué esos preludios ahora?

GERV. Escuche vuestra merced:
hoy hace treinta y cinco años
que en vuestra casa, señor,
he vivido. . . .
GER. Por favor
de usted, y. . . .
GERV. Jamas estraños
hemos estado.
GER. Adelante.
GERV. Yo, como criada afectuosa,
querida de vuestra esposa,
que en paz goce; como amante
madre he mirado la casa
como mia. . . .
GER. Y lo es, señora.
GERV. Pues bien: supuesto ahora
que todo á mi vista pasa,
quiero, si usted se conforma,
que se sigan mis consejos.
GER. Como siempre. . . . (Cuentos viejos.)
GERV. Y que se haga una reforma.
GER. Espliquese usted, no entiendo
á qué vengan los reclamos,
supuesto que ahora estamos
como siempre, y no comprendo
qué nuevo haya: si María
que ha salido del convento
ha trastornado un momento
la casa, no lo sabia.
GERV. No señor, no, nada de eso;
pero á mí me desagrada
tanta cosa desusada;
me desagrada el progreso.
GER. ¡Pero qué nuevo, Gervasia,
hay en casa, por Dios santo!
has perdido el juicio tanto,

y al fin; por Santa Pascasia,
una friolera.

GERV. ¡Qué tal!
Bien me dice el confesor. . . .
¡Qué tiempos estos, señor!

GER. (¡El confesor! va esto mal.)
(*Meneando la cabeza.*)

GERV. Cuando mi ama vivia,
maestro no hubo de piano
para Damiana; el hermano
de la inocente María,
jamas faltó de su casa
al almuerzo, á la comida,
ni á la cena, y hoy se olvida
aun de dormir: se le pasa
todo: y hay bailes, paseos;
ya no se reza el rosario. . . .
todo, todo estrafalario.
¡Jesus, qué tiempos tan feos!

GER. ¡Pues estás bien! reformista
de las costumbres: ¿y á qué
estos reclamos?

GERV. Ya sé
que no os gusta. ¡Dios me asista!

GER. Señora, parece estraño
que vengais con esas quejas,
que mas parecen consejas
ó cuentecillos de antaño.

GERV. Ya me lo pensaba así,
Don Gerónimo. ¡Señora,
¡ah! si viviérais ahora,
fuera otra cosa de mí!
¿Para esto he sufrido tanto?
¿y al cabo de qué ha servido
que aquí me haya encanecido
para ver tanto quebranto?
Y miéntras uno lamenta
y sus aflicciones llora,

con la música sonora
otro sus gustos contenta.

GER. Pero Gervasia, es inútil
tanta, tanta algarabía;
yo no encuentro todavía
ese desórden. . . .

GERV. ¿Tan fútil
le parece á usted? ¿pues qué
espera usted mas, señor?
¿pues no es un bravo dolor
tan ciego mirar á usté?

GER. Vaya, Gervasia, consiente
en que hoy estás de humorada:
vamos á comer, y nada,
nada, no seas imprudente.

GERV. ¡Imprudente! ¡qué oigo, cielos!
¿imprudente quien procura
evitar la desventura
con cariñosos desvelos?
¿Imprudente quien los años
ha pasado atesorando
todo, y siempre procurando
mil afectos bien estraños?
¡Imprudente! ¿y estas canas
de qué sirven, señor mio?
¡ah! ¡qué tiempo tan impío!
mas mis palabras son vanas. . . .
En fin, señor, si seguimos
de esta manera, yo siento
dejaros. . . .

GER. ¡Qué pensamientos,
Gervasia! ¿qué, proseguimos
con esas ideas, muger?
Ya estás vieja: dí, ¿qué esperas?
piénsalo bien, y de véras
dime qué piensas hacer.

GERV. Yo pediré, si es posible,
limosna; mas mi conciencia

gozará de su inocencia. . . .
R. ¡Vaya una muger risible!
Anda, Gervasia, medita,
y á comer: queda con Dios.
(*Al irse.*) (¡Vaya, que no he visto dos
como esta vieja maldita!)

ESCENA V.

GERVASIA *sola.*

¡Ah, qué bien dice el refran,
que ya los viejos enfadan!
y aunque yo no soy tan vieja
como hay otras, mis palabras
no agradan á Don Gerónimo
como en épocas pasadas.
¡Ah! siempre los beneficios
con mil desprecios se pagan.
¿Quién me lo dijera á mí,
hace quince años, en casa
de Don Gerónimo, en México,
que cuando el virey pasaba
por la calle de Plateros
y yo en el balcon estaba,
me miraban envidiosas
todas las vecinas? ¡vaya!
ya se ve, porque me vía,
el virey, de buena gana.
Pero han pasado quince años
y todas las cosas cambian,
y apenas á los cincuenta,
¡vieja, muy claro, me llaman!
Este mismo Don Gerónimo,
que cuando nació Damiana
me hizo algunos regalos
cuando m i [illegible]
me ha llam a [illegible]

y vieja imprudente, ¡vaya!
Entónces nada se hacia
si Gervasia no mandaba;
¡ah! pero entónces otra era
uña ama de llaves: calma,
calma, alma mia; muy pronto
estaré muy bien vengada
de esta injuria; y el domingo,
cuando á la parroquia vaya
á ver á mi confesor,
la cosa estará arreglada;
y si esto no se reforma
como lo manda Gervasia,
que se quede Don Gerónimo
con las llaves de su casa:
que yo, con ir al curato,
seré muy bien aguardada
y recibida, seguro
que no me faltará nada:
entónces sabrá el ingrato
lo que pierde con Gervasia,
que aunque esté mal el decirlo,
no ha de encontrar otra criada
como yo, ni tan cumplida,
ni como yo tan honrada.
(*Se oye por dentro á German.*)
¡Qué viva, tio Don Gerónimo!
¡que viva! ¡Albricias, Gervasia,
albricias! ¡albricias todos!
¡gritad contentas, hermanas!

ESCENA VI.

(*Sale* German *precipitadamente con un papel en la mano.*)

¿Dónde está mi tio, dónde?
dí, Gervasia, y mis hermanas?

¡que Iturbide viva, ufanas
gritad! Mas nadie responde.
(*Entran por distintos lados Don Gerónimo, Don Bernardo, Damiana y María.*)

GER. ¿Qué te sucede, German,
que te estás volviendo loco?

GERM. Tio, me falta muy poco.

BERN. Mis ojos dudando están.

MAR. Yo no acierto, hermano mio.

GERM. No sé si sueño ó si velo,
es un milagro del cielo
lo que estamos viendo, tio.

GER. Habla, que ansioso deseo
saber por qué causa estraña
este contento.

GERM. Se engaña
mi vista con lo que veo.
Señor, mañana temprano
mirareis en esta villa
al vencedor de Castilla,
al ilustre mexicano.
Iturbide, sí, Iturbide,
se halla en México de vuelta:
dad al placer rienda suelta.

GER. El mismo placer me impide,
German, creer esta nueva;
mi pecho late entusiasta
y á contener ya no basta
al corazon que se eleva.

GERM. Señor, señor, ved el dia
(*Enseñando un papel.*)
en que salió de Bretaña.
y viene á la Nueva-España
mi general. ¡Qué alegría!
Yo que en Iguala á su lado
proclamé la independencia,
(*Se aproxima Gervasia á una* de las puertas como *á dar* órdenes.)

[redacted] y que juré á su presencia
serle siempre fiel soldado,
volaré lleno de gloria,
le presentaré mi espada
y miraré coronada
su frente por la victoria.
Volaré, volaré, tio,
y como soldado fiel,
ó me ceñiré un laurel
ó moriré, ¡mas con brio!

[redacted]R. Apenas oirte puedo,
de contento, German mio.

[redacted]RM. Mañana, mañana, tio.

[redacted]RV. Yo no comprendo este enredo.

[redacted]R. Don Bernardo, qué contento
mirar mi dicha cumplida:
vamos, Damiana querida,
María, todos, aliento.

[redacted]RV. Vamos, la sopa os espera.

[redacted]N. Señor. . . .

[redacted]R. No hay señor, adentro.

[redacted]



ACTO SEGUNDO.



LA MISMA DECORACION.

ESCENA I.

DAMIANA Y MARÍA.

DAM. Vuelve Florencio, María,
y mi padre le aborrece;
¿qué hacer en esta porfia?
luchando está el alma mia,
mi corazon desfallece.
Si cuando mi padre esté
en casa, viene Florencio,
María, dime, ¿qué haré?
¿á dónde, á dónde me iré
á ocultarme en el silencio?
Mi padre á quien amo, hermana,
su enemigo á quien adoro,
virtud y deber....

MAR. Damiana,
¿por qué ese dolor te afana?
enjuga, por Dios, tu lloro.

DAM. German ¡oh Dios! nuestro hermano,
es soldado de Iturbide,
y de Florencio la mano
la arma del republicano
ha empuñado....

MAR. Mas ¿qué impide
el partido y la opinion?
¿No amas á Florencio, hermana,
no es tuyo su corazon,
y de Florencio el blason
nó eres tu bella Damiana?
¿Qué importan las opiniones
á los amantes queridos,
si se aman sus corazones?
¿detendrán sus emociones
los dos opuestos partidos?
¿Qué importa á tu amor el grito
de los bandos, de la guerra?
¿Acaso amar es delito?
y tu corazon se aterra
¿por qué? . . .

DAM. María, me agito
porque mi padre aborrece
á todo republicano;
y mas su rencor acrece
al ver á German que ofrece
en su venganza su mano;
y ya tú sabes, María,
que mi padre, entusiasmado
con su gloria y su hidalguía,
llama una faccion impía
la que á Iturbide ha quitado.
Y viene Iturbide, y viene
tambien mi amante: ¿qué hacer?
uno á Santa-Anna sostiene;
el otro al imperio tiene
como emporio del placer.

MAR. Yo iré, y á mi tio, rendida,
le rogaré con mi llanto
que no consuma tu vida:
le diré que te ama tanto
Florencio. . . .

DAM. No, no, descuida

de eso, descuida, es vano.
MAR. En mis lágrimas confia.
DAM. Mas, oye pasos.
MAR. Mi hermano
German, acaso, María,
será, que viene temprano.
DAM. Mas no me dejes, espera,
no me abandones, hermana,
que si viene. . . . no quisiera
estar sola. . . . ¡oh Dios! si fuera. . . .
MAR. Florencio. . . . viene, Damiana.
(Viendo á un lado.)
DAM. ¡No me abandones, Dios mio!
María, yo muero de gloria:
se oscurece mi memoria.
MAR. ¡Oh Dios, si viene mi tio!
(Entra repentinamente Florencio; y al nombrarse, como lo indica el diálogo, se abrazan.)

ESCENA II.

Dichas y FLORENCIO.

FLOR. ¡Damiana!
DAM. Florencio ¡oh Dios!
MAR. ¿Qué hacer si viene mi tio
y los encuentra á los dos;
si viene German en pos?
DAM. ¡Mas apártate, bien mio! . . .
FLOR. ¿Qué oigo? . . . ¿qué dices, Damiana,
apartarme yo de tí?
¿qué ya tu boca profana
tus juramentos?
DAM. Hermana,
yo no sé qué hacer de mí.
FLOR. ¿Dónde está mi padre, dónde,
mi bienhechor y German?

Damiana mia, responde;
dime, ¿tu pecho qué esconde?
tristes tus ojos están.

DAM. Florencio, apártate, sí,
te lo diré de una vez:
no quiere mirarte aquí
mi padre. . . . vendrá. . . . y tal vez,
Florencio. . . . vete.

FLOR ¿Qué oí?
Esplícate, bien mio, no comprendo
la mutacion que observo en tu semblante:
¿no eres mi tierna idolatrada amante,
no estás grabada aquí en mi corazon?
Sí. . . ya entiendo. . . tu padre me aborrece,
porque escuchando el interior del alma,
dejé tu casa, abandoné la calma;
¿y crees que he abandonado mi pasion?
No, jamas: libertad, libertad santa,
el ínclito Santa-Anna proclamaba;
y al gritar libertad ví que temblaba
el trono que entre sangre se elevó.
Tal vez yo fuí un ingrato que sabia
que tu padre á Iturbide idolatraba;
pero la patria augusta me llamaba:
¡cómo no oir de libertad la voz!
Mas yo no te olvidé: rompí los lazos
de amistad y familia, y al acento
sagrado de la patria, mi ardimiento
me llevaba á los campos del honor.
El trono de la España poderosa
de libertad al grito derrocado,
por el suelo rodó; pero un soldado,
el que uno de otro mundo desató.
En su grandeza, en su entusiasmo ardiente
ocupó el sólio antiguo, holló las leyes;
se ciñó la diadema de los reyes,
y el laurel de la gloria mancilló.
La causa que Santa-Anna proclamara,

era del pueblo el voto sacrosanto,
y como un himno de victoria, un canto,
el mexicano con amor lo oyó.
Odia á los reyes, aborrece el trono;
y si á Iturbide adora agradecido,
espantado contempla al que vencido
por la ambicion la púrpura vistió.
República, no mas, solo república,
quiere aquel que llorara ante los reyes;
México libre se dará sus leyes,
no quiere ya monarcas otra vez.
Yo este grito escuché; corrí á la lucha,
y coronó á Santa-Anna la victoria;
yo he conseguido el lauro de la gloria,
y vine á deponerlo ante tus piés.
Yo tu imágen llevaba, amada mia,
grabada aquí con fuego sacrosanto:
Damiana, te adoro, enjuga el llanto,
toca, toca, mi ardiente corazon.
¿Dudas tal vez que el que á tus piés postrado
te ofreciera el laurel de la victoria
olvidara un momento tu memoria?
Fija te tengo aquí como á mi Dios.

DAM. Florencio, no, no duda el alma mia;
solo por tí á toda hora palpitaba,
y á Dios mis oraciones levantaba
ferviente, suplicándole por tí.
¿Pero qué hacer? te amo, te idolatro;
mi corazon es tuyo, tu alma mia;
pero mi padre ¡oh Dios! ¿qué hacer, María?

MAR. Confiad, Damiana: lloraré, y al fin
se apiadará tu padre de mi llanto:
todo se allanará, bella Damiana. . . .
pero viene mi tio. . . . véte, hermana,
véte. Florencio. . . . ocúltense, por Dios.
(*Viendo á una de las puertas.*)

DAM. ¿Qué hacer, Dios mio? . . .

MAR. Apártate. . . .

DAM. ¡Florencio! . . .
FLOR. Huye, no temas nada, amada mia.
MAR. Apártate, Damiana.
DAM. ¡Oh Dios! María. . . .
á mi padre rogadle por los dos.

ESCENA III.

Al entrar DON GERÓNIMO, FLORENCIO *se dirige hácia él, como para abrazarle, pero retrocede al ver el aspecto de Don Gerónimo.*

FLOR. ¡Padre mio!
GER. ¿Eres tú?
FLOR. Sí, yo, Florencio.
GER. Aléjate de mí, ingrato.
MAR. Oid, tio. . . .
GER. ¡Ingrato! ¿y burlas el asilo mio,
y te atreves? . . .
FLOR. Señor, oid, señor.
GER. Aléjate, Florencio: tu presencia
abre en mi corazon mortal herida:
¿así pagaste á quien te dió la vida,
á quien de la orfandad te arrebató?
FLOR. Señor, señor, mi padre, el pecho mio,
de libertad al grito poderoso,
latió de gloria lleno, y afanoso
al grito de república corrí.
¿Y puede el hombre, al grito de su alma,
detenerse, señor? ¿puede ese acento
callar su corazon?
GER. Y el sentimiento
de gratitud ¿qué es? ¿dónde está, dí?
FLOR. Padre, de patria el sacrosanto nombre
es superior de un padre al beneficio:
cuando la patria manda, el sacrificio
debe hacerse al momento. . . .
GER. ¡Patria, honor!

Patria, la voz que una faccion impía
el grito lanza; y olvidando luego
los beneficios, delirante, ciego,
corres y dejas al que llorar vió
á tu padre infeliz, en la batalla
que agonizando, de dolores lleno
del arma vil al fragoroso trueno
á tu lado, en mis brazos espiró.
¡Mi hijo! clamaba, ¡mi hijo! D. Gerónimo,
¡á vos lo dejo! y en aquel instante
te recibí como hijo, y anhelante
á mi casa te traje con amor. . . .
¿Y para qué? para mirar un dia
á mi hijo adoptivo, entusiasmado,
empuñar el acero del soldado
en contra de su padre! . . .

FLOR. Oid, señor. . . .
Oid. ¿No es cierto que el amor sagrado
de la patria, es mandato de Dios mismo?
Creed, señor; tan solo el patriotismo
me hizo dejaros. . . .

MAR. Por piedad, perdon,
por vuestra hija, señor, perdon os pido,
de Florencio, que os ama, os lo aseguro,
como á un padre. . . .

FLOR. Lo sois, padre, lo juro.

MAR. Lo veis, tio, tocad su corazon.

FLOR. Yo ofrecí el laurel de la victoria
á un sér angelical, á un sér divino,
al ángel de mi vida, y mi destino
con el triunfo mis sienes coronó.
Yo amaba una muger, señor, la amaba,
y la amo con pasion, la amo, la adoro:
ella ha vertido á mi memoria el lloro,
yo por ella buscaba un galardon.
Señor, ¿y lo creereis? ¿podreis acaso
vuestro perdon mandar sobre mi frente?
Late mi pecho con amor ardiente,

y palpita de amor mi corazon. . . .
¿Mas me perdonareis? señor, oidme.

MAR. Perdonadle, señor. . . . mirad su lloro.

GER. ¡Qué es esto, oh Dios! . . .

FLOR. Señor. . . señor. . . adoro. . .

MAR. Escuchadle. . . .

GER. ¡Por Dios! confuso estoy.

FLOR. Señor, amo á Damiana. . . .

GER. ¡Oh Dios, qué oigo!
¿Y te atreves, te atreves. . . huye, infame.
¿Y permites, ¡oh Dios! que así me llame
padre este vil?
(*Adelantándose con cólera hácia Don Florencio.*)

MAR. (*Interponiéndose.*) ¡Perdon, perdon, señor.
El amor de Florencio es amor puro.

GER. ¿Tambien tú? . . es mentira, es un perjuro:
apártate, Florencio, huye de aquí. . . .
muy pronto á tu presencia, á tu enemigo,
al ínclito Iturbide entre el contento
verás al escuchar su noble acento.
¡Huye, huye muy léjos. , . . infeliz! . . .

FLOR. Señor, yo miro á Iturbide
lleno de amor y de gloria;
mas del trono la memoria
aborrezco, al héroe no.
Al libertador heróico
de mi patria, con encanto
celebro, mas con espanto
contemplo al usurpador.
¡Ah! si Iturbide viniera
república proclamando,
me veríais, señor, volando,
en pos del libertador.
Yo le ofreciera gustoso
con entusiasmo, mi acero,
y me viera el mundo entero
luchar por él con valor.

DIEG. (*Interrumpiéndolos, dirigiéndose á Don Gerónimo.*)
Señor, ansioso os desea
ver un oficial. . . .
GER. ¡Qué gloria!
¿es verdad? dia de victoria
para México feliz. . .
Dile que pase al momento. (*Se va el criado.*)
FLOR. Señor, por Dios, vuestra alma
quiero que me dé la calma:
dadme la gloria. . . .
(*En este momento entra un oficial con una carta.*)
OF. Decid.
¿á vos este papel es dirigido?
GER. Yo soy, yo soy.
(*Abriendo rápidamente el papel.*)
MAR. (*A Florencio miéntras lee D. Gerónimo.*)
Retírate un instante.
FLOR. ¡Ah! mi pecho abrasado, palpitante,
siente que se le sale el corazon.
GER. Y es cierto; y ya le miro y no le creo:
¡en México Iturbide! . . .
OF. El comandante
á recibirle marcha en este instante.
GER. De placer me palpita el corazon. . . .
Que venga, sí, que venga: entre mis brazos
estrecharé al amigo mas querido,
llegará el momento apetecido
[illegible] que veamos al gran libertador.
[illegible] México entusiasta se engalane
[illegible] [illegible]roe al ver la levantada frente,
[illegible] [illegible]urel le prepare reluciente
¡ [illegible] [illegible]va-España al ínclitocampeon!
FLOR. (¿[illegible] [illegible]erá verdad? dime, María,
vue[illegible] [illegible]bide?)
MAR. Vuelve. . . .
([illegible]tos dentro.)
¡Viva!

GER. ¡Gloria!
¡viva Iturbide! ¡el lauro de victoria
ciña la sien del héroe vencedor!
(*Gritos dentro.*)
¡Viva Agustin primero!
GER. ¡Viva, viva!
(*Dentro.*)
¡Que mueran los traidores!
GER. ¡Sí, que mueran!
¡Mueran los viles que lograr esperan
sus proyectos de infamia y ambicion!
GERM. (*Entrando con precipitacion.*)
Tio, ¡albricias, albricias! ya se acerca
á nuestra casa el héroe, ¡gloria! ¡gloria!
ya ha llegado el dia de la victoria.
GERV. ¡Qué gritos, qué gritos, santo Dios!
(*Entrando.*)
¿Qué ha sucedido, que las calles llenas
están de gentes?.. y gritos... y ¡Dios santo!
¡Ya me aturden! . . .
(*Dentro.*)
¡Que viva!
GERM. Tio, ¡cuánto,
cuánto le quiere el pueblo!
GER. ¡Cuánto amor!

ESCENA IV.

Dichos y GARZA *que entra con* ITURBIDE, *el coronel* BENESKI, *tropa, pueblo, etc.* DON GERÓNIMO *le sale al encuentro.*

GER. Venid, venid aquí, grande Iturbide;
vęnid, que el alma de entusiasmo late,
como otro tiempo al grito del combate
latia al estallido del cañon.
ITURB. Salve, México, tierra de mi cuna;
el que rompió la bárbara cadena,

hoy su frente levántala serena
al saludaros ínclita nacion.
Hoy que terrible la ambicion impía
reanima el poder del estrangero,
hoy le presento á México mi acero,
mi persona y mi vida con mi amor.
Mexicanos, olvídense los males
que introduce terrible la anarquía,
y que viva, decid, la patria mia:
¡independencia, libertad, union!
(*Gritos.*) ¡Viva el héroe de Iguala!

RM. ¡Viva, viva!
que resuene en el mundo por do quiera;
juremos defenderle. ¡muera, muera
el que se oponga!
(*Gritos.*) ¡Muera!

R. Al héroe ¡loor!
Que se eleve de México la frente:
que se presenten viles los traidores;
y que tiemblen los crueles opresores
que gritan con mentira: ¡libertad!
Que se presenten al acento hermoso
de Iturbide y de augusta independencia;
que doblen su rodilla á la presencia
de Iturbide: gritemos ¡libertad!
(*Todos.*) ¡Viva el emperador, viva Iturbide!

URB. Os ruego, mexicanos, solamente,
que una conducta liberal, prudente,
anime vuestros pechos con union.
El mundo nos contempla, y en la historia
no dejemos manchado nuestro nombre,
que absorto mire al mexicano el hombre;
¡la obediencia juremos ante Dios!
(*Todos.*) Juramos, sí, juramos: ¡viva, viva!
¡Viva el héroe de Iguala!

RZ. Nuestro acento
sea uno solo, un solo sentimiento.
¡*Viva* la paz, la libertad, la union!

(*Todos.*) ¡Viva!

GARZ. Sí, mexicanos valiente
que en Igrıala el laurel de la gloria
arrancásteis, al ver la victoria
que las sienes del héroe ciñó.
Los que vísteis, al grito glorioso
de Iturbide, sublime, temblando
de la España los tronos, rodando
el poder que dos mundos ató.
Los que al trueno feroz de batalla
entusiastas lográsteis, gloriosos,
ver hundidos en llanto, orgullosos,
los esclavos del yugo e pañol.
Una voz repetid, que resuene
este dia de dicha y de gloria:
una sola que sea la memoria,
uno solo el acento de honor.
¡Libertad! ¡libertad! que repitan
las campiñas, los mares: ¡que viva
Iturbide, y que ciña la oliva
que en Iguala potente cortó.

GERM. Sí: que el mundo se admire este dia
que contempla al feliz mexicano,
que á su padre recibe hoy ufano
elevando mil himnos de amor.
Que de Anáhuac resuene en los mares
de Agustin el acento armonioso,
que repitan el nombre glorioso
de Iturbide el heróico campeon.
¡Viva! viva! decid con orgullo!
hijos todos de México, ¡viva!
á Iturbide ceñid con la oliva
que en Iguala triunfante cortó.

GARZ. Al acento del héroe, soldados,
presentad esas armas valientes,
é inclinad con respeto las frentes
ante el héroe que el mundo admiró.

GERM. Mi general, esta espada (A Iturbide

á vuestro acento de gloria,
el laurel de la victoria
para mi frente arrancó.
Jamas se vió mancillada
con la sangre del vencido,
jamas por ella ha corrido
sangre por ódio y rencor.
Aceptadla; en vuestra mano
será la enseña preciosa,
de victoria poderosa
el signo será de honor.
A vuestro lado, do quiera
correré, que el alma mia
por vos, señor, la daria
de la gloria yendo en pos.

TURB. Jóven, esa alma de fuego
ha mostrado en el combate
que vuestro corazon late
de la patria por amor.
Ya recuerdo aquellos dias
en que en los campos de guerra
hicísteis morder la tierra
al enemigo feroz.
Recuerdo que en la batalla
con serena altiva frente,
jóven, como buen valiente
peleásteis con honor.
Es muy digna vuestra mano
de conducir ese acero;
verlo en vuestra mano quiero,
quedo satisfecho.

ERM. Yo,
vuestro mandato obedezco,
señor; pero á vuestro lado
como el último soldado
estaré siempre con vos.

ER. Pero señor, el cansancio
del camino, y la fatiga,

hacen que os ofrezca, amiga,
aunque humilde casa.

ITURB. Yo
mejor esta casa quiero
que el palacio y la opulencia;
goza aquí el alma inocencia
y paz el corazon fiel.

GER. Señor, quisiera ofreceros
los tesoros de este mundo;
pero un contento profundo
os da el corazon. . . .

ITURB. Con él
me basta, amigo querido;
y vos podeis, comandante, (*A Garza.*)
á vuestra tropa al instante
retirar.

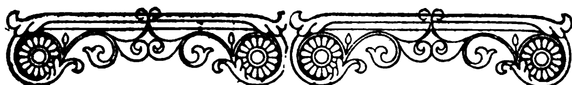
GARZ. Pero señor,
ántes que nos retiremos,
preciso es que el mexicano
en vos mire al soberano,
á su gran libertador.
(*Volviéndose á la tropa.*)
Soldados, ante el héroe que en Iguala
elevó trigarante la bandera,
que hizo temblar á la opresion ibera
cuando la independencia proclamó,
jurad sumisos que á su voz tan solo
vuestras armas, ansiosos de venganza,
á sus plantas poneis, y la esperanza
juremos, que es, de México, ante Dios.
Juremos, sí, juremos un momento
no apartarnos del ínclito Agustino:
su destino será nuestro destino,
su gloria nuestro solo galardon.
Ante Dios y los hombres este dia
al cielo levantemos nuestro acento,
y de amor nuestro tierno juramento
repitamos. . . .

(*Todos.*) ¡Que viva!

GARZ. Sí, ante Dios.
Aquí mi brazo está, y aquí mi espada;
¡viva el emperador, el soberano
del amoroso pueblo mexicano!
sois vos de Iguala el ínclito campeon.

ITURB. ¡Mexicanos! la augusta Providencia
tal vez me trajo á vuestros patrios lares
para ofrecer acaso en los altares
de la sublime augusta religion,
nuestros votos de paz, de independencia:
yo, á nombre del Señor de las naciones
os conjuro á la paz; que las legiones
del mexicano sigan una voz.
Obediencia á las leyes sacrosantas,
union juremos todos como hermanos,
¡viva la paz, digamos. mexicanos!
(*Todos.*) ¡Viva, viva de Iguala el campeon!





ACTO TERCERO.

LA MISMA DECORACION.

ESCENA I.

GERVASIA Y DIEGO.

GERV. Por Dios, Diego, ¿qué sucede,
que la casa se alborota?
Don Gerónimo no ha vuelto:
desde que rayó la aurora
se fué, con muchos papeles.
Lleno de pena y zozobra,
Germancito, está llorando;
pero llorando de cólera
Florencio se desespera,
tal vez porque ya la boda
se suspende, cuando habia
conseguido que la cólera
se tornara en proteccion
de Don Gerónimo, y todas
las cosas se habian dispuesto
porque German y la novia,
y María, y todos, todos
deseaban esa hora;
¡mas se han cambiado, Dios mio,
las cosas, y todos lloran!

DIEG. Pero con razon: anoche
que se presentó la escolta
acá á la puerta, venia
por el emperador que ora
está preso, y por ahí dicen
que parará en la picota. . . .

GERV. ¡Cómo. : . . Dios mio! ¿qué sucede?
¿pero qué ha hecho? . . .

DIEG. Señora:
dicen que el congreso trata
de aplicar la ley, en contra,
como traidor. . . .

GERV. ¡Ay! y el amo
que es su amigo, ¿qué hará hora?

DIEG. Ha ido á ver si podia
hablar; pues muy pocas horas
le han concedido de vida,
solo porque se disponga
como buen cristiano. . . .

ERV. ¡Válgame Dios! ¡qué penosa
situacion! . . .

EG. Y ya no hay nada
de fiesta, y ya no habrá boda.

RV. ¡Qué boda ni qué casorio,
el amo es el que me importa!
que al cabo el emperador,
confesándose, á la gloria
se irá derechito.

G. ¡Qué alma
tiene usted, por Dios, señora!

V. Pobrecito emperador;
pero seria peor cosa
el que no se confesara:
¡Jesus¡ ¡Jesus! me destroza
el corazon; si parece
un sueño: ayer á esta hora
le recibieron en triunfo
entre músicas y tropa. . . .
¡Así las cosas se cambian!
¿quién le diria que todas
las cosas que le decian
eran mentira? . . .

¡Qué cosas!
¡y todo el pueblo, Dios mio!

no lo puedo creer. . . .

DIEG. Señora,
es muy cierto. . . .

GERV. ¿Y las niñas
saben todas estas cosas?
Voy á prepararlas, Diego,
no se asusten. . . . (*Se va.*)

DIEG. (Goza, goza,
vieja maldita: si al cabo
eres de raza española.) (*Se va.*)

ESCENA II.

FLORENCIO Y GERMAN *con abatimiento.*

FLOR. Yo no lo puedo creer: hierve mi sangre;
mi corazon palpita de venganza.
Si el pueblo. . . . ¡oh Dios! . . .

GERM. No tengas esperanza.

FLOR. ¡Oh, si el pueblo, German. . . .

GERM. Es un baldon ...
¡El pueblo, el pueblo! ¿y piensas tú, Floren-
que haya un tumulto? no. (cio,

FLOR. ¡Pueblo salvage!
¿Adónde está el valor, dónde el corage
que mostrabas en contra el español?
¡Garza! ¡Garza! ¡traidor! ¡vil asesino!
¡tú que ayer le llamaste héroe grandioso
le muestras hoy tu pecho venenoso,
¡hoy le dices al héroe que es traidor!

GERM. ¡Ah, Florencio! no hay duda, me resigno:
veré yo á Garza, y con potente mano
le arrancaré la vida, es un tirano;
es un infame. . . un vil. . . un. . .

FLOR. ¡Santo Dios!

GERM. ¿Dónde estará mi tio? ¡Ah! Florencio,
Garza, vil, es traidor.

FLOR. Es un perjuro. . . .

GERM. ¡*Oh* Dios mio! Florencio, yo lo juro!
le arrancaré al verdugo el corazon:

vamos, hermano, que tambien se cebe
en nosotros la saña del verdugo....
¡Cómo, cómo á Iturbide que del yugo
nos libertó del déspota español
así se ha de premiar!

Flor. Y el tiempo corre
¡y unas horas tan solo al desvalido
le conceden de vida. ¡Angel caido,
hé aquí la recompensa de tu afan!
Mas ya viene mi padre presuroso;
German, veremos....

Germ. (*Viendo hácia adentro.*) Abatido viene.

Flor. Que la tormenta presurosa truene,
que se destruya la ilusion. German.

ESCENA III.

Don Gerónimo y *dichos.*

Ger. Hijos, no hay mas que hacer: mas de tres ho-
hace que estoy con Garza; mas en vano: (ras
espera del congreso soberano
que la ley se derogue de traidor.
Va la asamblea á reunirse, y al instante
tratará....

Germ. Tio.... tal vez....

Flor. Mi pensamiento
me anuncia ¡oh Dios! horrible sentimiento.

Ger. ¡Yo no lo puedo creer, Eterno Dios!...
Mas no perdamos tiempo; miéntras tratan
los diputados, vamos al instante
á escribir otra vez al comandante.

Germ. Vamos.... (*Se van.*)

Flor. Sin perder tiempo.

ESCENA IV.

Florencio, *despues* Damiana.

Flor. ¡Qué baldon!
¡Horrible infamia! Horrorosa
ley que de sangre bendita

á nuestra sangre preciosa
va á manchar: suerte penosa
del mexicano maldita.
Ayer levantar un hombre
y colocarle en un trono,
y darle gloria y renombre
para infamar hoy su nombre
y matarle por encono.
¡Oh pueblo salvage! ayer
odié al monarca altanero
que no se dignaba ver
del mísero el padecer,
odié al despotismo ibero.
Odié la púrpura, el trono,
la corona de los reyes;
pero aborrezco el encono
y de liberal blasono;
mas sé respetar las leyes.
Yo amo á Iturbide, que un dia
de esclavos hizo señores;
le amo, sí, y por él daria
la vida que todavía
aliento llena de amores.
Yo corrí y tomé el acero
siguiendo al republicano;
corté el laurel del guerrero
para ofrecérselo ufano
á aquel ángel por quien muero.
¿Pero qué, los que proclaman
república y libertad,
á Iturbide traidor llaman,
al que les dió dignidad,
viles, con ódio, difaman?
Los que á Iturbide aprisionan
no son los republicanos,
y aunque libertad pregonan,
aunque de libres blasonan,
son esclavos y tiranos.

Maldicion cubra su nombre
ante el mundo venidero,
que es un espanto del hombre
aquel que empuña el acero
para adquirir un renombre
vertiendo la sangre pura
ds aquel que nos dió ventura
al romper la espada impura
de los pérfidos tiranos.
Mueran, sí, los asesinos,
mueran en oprobio, mueran,
que por los mismos caminos
encontrarán sus destinos
los que gloria hallar esperan.
¡Mas qué haces, bella Damiana?
(*A ésta que entra.*)
¿qué haces, adorado dueño?
de amor nuestra dicha ufana,
de amor nuestro grato ensueño
se disipa. . . .

Dam. Esta mañana
llena de amor, alma mia,
pensaba que nuestras manos
pronto mi padre uniria,
y halláramos la alegría
que deseamos ufanos.
Pero se tornó el contento
en tristeza, en amargura,
y huyó de amor el aliento
como huye en el veloz viento
el aroma de flor pura.

Flor. ¡Ah, dulce dueño! ¡mi bien,
si vieras lo que he sentido! . . .
late mi pálida sien,
mi pecho late tambien
con un rápido latido.
Odio, rencor y venganza,
me anima ora, bien mio.

DAM. Florencio, ten esperanza.
FLOR Damiana, á pensar no alcanza
mi alma en su destino impío.

ESCENA V.

Dichos y DON BERNARDO *que entra con sobresalto. Despues* DON GERÓNIMO Y GERMAN.

BERN. No hay remedio: no hay duda, la mnerte...
ni esperanza siquiera: do están? (*Buscando.*)
DAM. Padre, padre.... (*En voz alta.*)
FLOR. ¿Es posible? ¿es la suerte
que le espera, morir? ...
BERN. ¡Vano afan! ...
GER. (*Al entrar.*) D. Bernardo, por Dios, ¿qué su-
qué sucede, decidme, por Dios.... (cede?
BERN. Es inútil, ya nadie intercede;
unas horas tan solo....
GER. ¡Oh baldon!
¡Unas horas! ¿y Garza, maldito,
ese infame, ese infame do está?
BERN. Nada vale al favor del proscrito,
nada, nada.
GERM. ¡Florencio!
FLOR. ¡German!
BERN. Yo he escuchado á esos viles, y claman
que Iturbide es infame traidor;
y que muera, que muera proclaman,
y lo aprueban con sordo rumor.
Y Beneski, con Garza, un instante
que lloraba le ví, y la razon
de ese infame con calma insultante
es la ley, es la ley....
GER. ¡Oh baldon!
Y qué hacer, y qué hacer, Dios piadoso;
corre el tiempo, las horas se van:
un instante, un instante, orgulloso
asesino, asesino, esperad....

ESCENA VI.

Al irse apresuradamente, entra Beneski, *segun la narracion, se consternan y lloran por intervalos.*

Ben. Se ha consumado ya: dentro un momento
el héroe que rompió la vil cadena,
lleno de sangre besará la arena
del patíbulo vil, en sangre envuelto.

Ger. ¡Qué decís, qué decís! ¿conque no hay duda?
¿conque es una traicion con que el infame
Garza consuma su fatal delito?

Germ. ¡Y podemos oirlo! y nuestros brazos
desfallecen al oir el fiero grito
de muerte cruel, de muerte... sí, la muerte;
pero matando moriremos: ¡mueran
los traidores! . . . .

Ben. En vano, no podemos
mas que llorar, llorar. . . . y en el silencio
juremos la venganza. . . . Yo le he visto,
sí. . . por la última vez, y le he estrechado
y he derramado el llanto de mis ojos
sobre su cuello. . . .

Ger. Coronel, podremos
verlo la última vez.

Ben. ¡Ah, no! ¡Dios mio,
me han arrancado á fuerza de sus brazos,
y nadie mas ha vuelto una palabra
á hablarle! Oid, oid, y en fuego santo
encendeos de venganza, y verted llanto.
" Id, amigo, me dijo, en paz, y al mundo
" revelad, con asombro que ignorante
" de este decreto bárbaro que lanzan
" para mi muerte, con sincero afecto
" llegué á las playas de mi patria hermosa
" lleno de amor, para esponer mi vida
" de mi patria en defensa, que deseaba
" morir por la defensa sacrosanta
" de aquella libertad, que con la sangre

"derramada en los campos de batalla
"cuanto asombrado sé que estoy proscrito,
"y mi crímen ignoro: tal vez sea
"hacer la independencia algun delito!"

Ger. ¿Y Garza, ese traidor? (*Se sienta junto á una mesa, en que se reclina y se para á ratos.*)

Ben. Garza responde
con infernal serenidad impía:
la ley lo manda, obedecerla es fuerza.
¡Oid, oid! con calma heróica dice
Iturbide al traidor: "¿Cuál es el crímen,
"el delito, de un hombre que atraviesa
"los borrascosos mares, esponiendo
"su dulce libertad, por dar un dia,
"á su patria, esperanza de ventura,
"cuando estrañas naciones á porfia
"intentan arrojarle la cadena
"que á recibir el yugo la condena?"
Y el infame traidor, lleno de calma
como hombre criminal sereno dice:
la ley lo manda, obedecerla es fuerza.

Ger. Coronel, con valor. . . . vamos. . . acaso
le arrancarémos de la muerte impía.

Flor. Vamos, señor, acaso todavía. . . .
es tiempo. . . .

Ben. No: la plaza circundada
está de esbirros, fieras que sedientas
de la sangre de un héroe, solo aguardan
la voz de aquel que vengativo diga:
la ley lo manda, obedecerla es fuerza.

Ger. ¡Y sus hijos, su esposa!

Ben. El mundo entero
maldecirá del mexicano el nombre!
De oprobio llenos para siempre vivan:
¡dignos son los que al héroe que arrancara
de sus cuellos la bárbara cadena
que llevaban del héroe de Castilla
de vivir como esclavos

y doblar á un tirano la rodilla!
Dignos, muy dignos son, que al cabo escu-
impasibles la voz del asesino, (chan
que imperturbable clama en su ironía:
¡la ley lo manda, obedecerla es fuerza!

ESCENA ULTIMA.

GERVASIA Y MARÍA.

MAR. Tio, tio, yo me muero.
GERV. Señores, hasta la esquina
llegan los soldados; todos
huyen.
FLOR. Se aproxima
la hora fatal: y ¿qué haremos?
DAM. ¿Qué haremos? ¡oh Dios! anima
nuestros pechos. (*Se oyen toques milita-
res como cuando hay un ajusticiado.*)
GER. Raza inicua:
raza de criminales asesinos,
y te llamas nacion, nacion impía,
y á aquel que libre te tornara un dia,
¡le alzas en un patíbulo traidor!
BEN. Resignaos....
DAM. ¡Oh Dios!
MAR. Pierdo el aliento.
GER. Coronel, no respiro, la venganza,
el dolor, el pesar me ahoga.
FLOR. No alcanza
mi corazon su ánimo....
BERN. ¡Valor!
valor no mas; se acerca ya la hora.
GERV. Señor, Señor Eterno, su alma pura
recibe con amor, Dios de ventura.
GERM. ¡Y muere! ¡y muere lleno de baldon!
No, no, primero con venganza horrible
yo moriré, Florencio: ven, partamos,
no importa, hermano, que los dos muramos;
moriremos con gloria, con valor.

Flor. Sí, moriremos, hermano:
Damiana, dame mi espada;
quiero en la sangre bañada
verla, del fiero tirano,
ó por la mia manchada.

Germ. A la lid. . . .

Mar. Detente.

Flor. ¡Adios!
¡Adios! que si al fin morimos,
juntos iremos los dos
al ver el seno de Dios,
que para morir nacimos.

Germ. Sepa esta México impía
que morimos por la gloria,
que si ella se olvida un dia
de sus héroes, una historia
tiene. . . .

Flor. Vamos. (*Van á salir y se oyen tiros.*)

(*D. Gerónimo se sienta como herido por un golpe. Damiana, María y Gervasia, acuden como para socorrerlo.*)

Dam. Ven, María.

Ben. Guarida vil, consumaste
el sacrificio horroroso;
tu libertador mataste:
México ingrata, quedaste
sin libertad, sin reposo.
Nacion de esclavos, lamenta
tu suerte; afligida llora,
que esa sangre pide cuenta,
y el Dios que te ve, la hora
apresura de tu afrenta.
Llorarás, nacion impía,
al grito de los tiranos,
y en tu fatal agonía
lamentarás este dia
y tus gritos serán vanos.

FIN DEL DRAMA.





